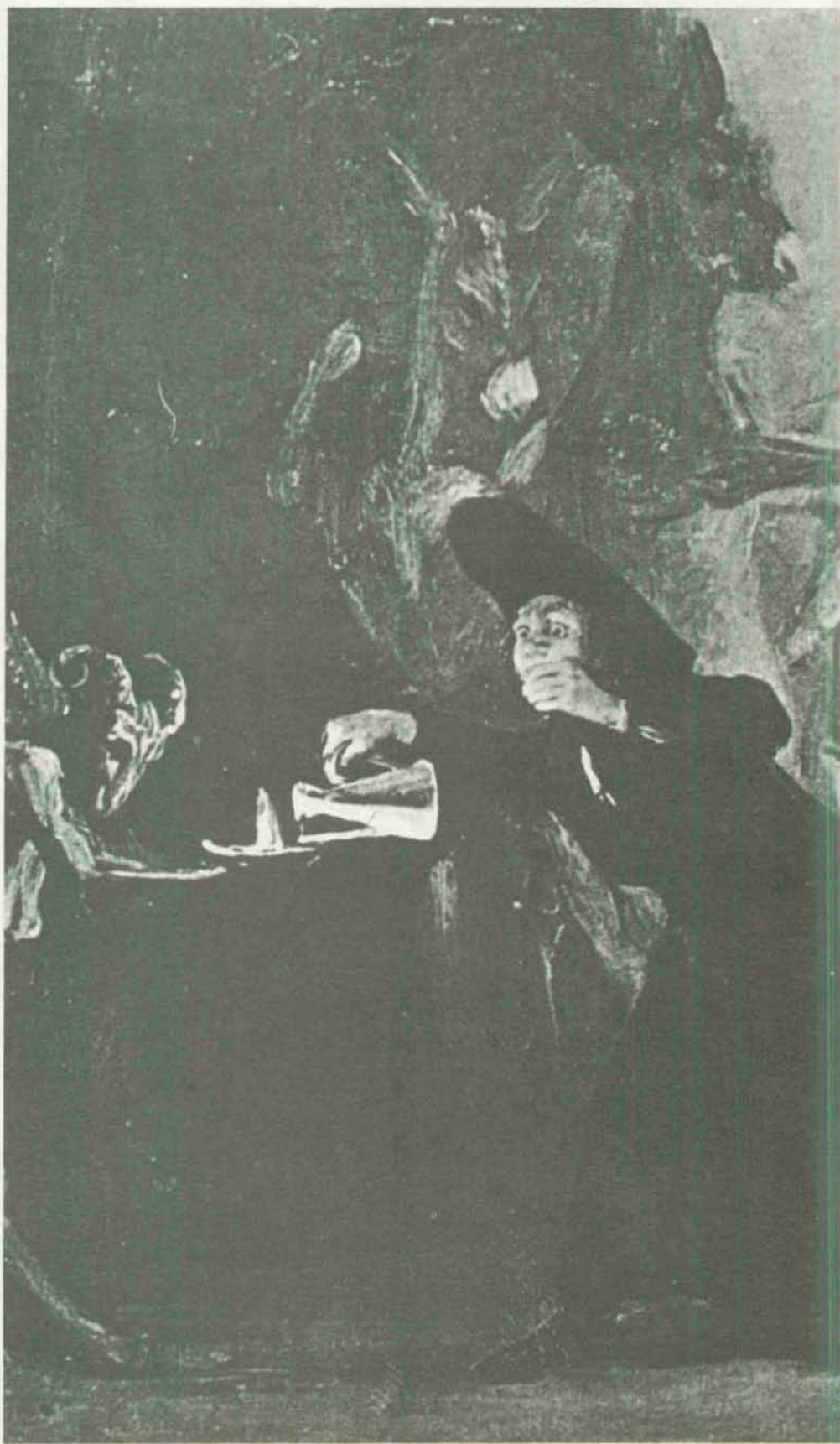


¡Pobres exorcistas!

HACE algo más de un año, durante el verano de 1974, cierta amiga que vive en Bilbao, me mandó una novela recientemente traducida y que hacía furor en la juventud de aquella ciudad, al parecer. Quería que le diera mi opinión sobre el contenido de la misma, considerándome experto en la materia que trataba: exorcismos, posesiones, etc., etc., etc. Después, he visto que el texto novelesco en cuestión, convertido en film, alcanzaba un éxito igualmente grande. Y al comenzar el triste mes de octubre de 1975, en la soledad del pueblo, he recibido una invitación telefónica para escribir, en esta revista, algo sobre exorcistas y exorcismos, invitación condicionada, a lo que creo, por la popularidad del tema. Una servidumbre más del saber que le atribuyen a uno. Saber poco firme.

Antes de empezar, pienso. Si creyera en la eficacia del oficio de exorcista, aunque fuera de modo ligero, tendría gran oportunidad para recomendar que se empleara de continuo a los que lo tienen, con objeto de sanar y rescatar a los endemoniados más comunes en la sociedad moderna, que no son los pobres hombres o mujeres que todavía van aullando y profiriendo blasfemias a algún apartado santuario. Me refiero a los posesos por *demonios políticos*, sean éstos del co-





En múltiples sistemas religiosos se admite la idea de que existen espíritus malignos capaces de introducirse en el cuerpo de las personas, así como hombres preparados para expulsarlos. He aquí dos ejemplos separados por el tiempo: (izquierda) el irónico cuadro de Goya «El hechizado por fuerza» y el film de Friedkin «El exorcista».

lor que sean: demonios azules, negros, rojos, dogmáticos, vociferantes y sanguinarios, contra los cuales no hay un «Flagellum» como el que en el siglo XVI compuso Fray Jerónimo Mengo o Girolamo Menghi y que fue puesto, al fin, en el «Índice». Acaso por ineficaz, pienso yo ahora. De estos demonios y todavía más de los endemoniados o poseídos por ellos, ya habló bastante Dostoievski, con su genial perspicacia para observar el mundo de la gente ator-

mentada, hace más de cien años, y tomando como modelos a los anarquistas rusos.

Pero claro es que hay otros endemoniados políticos, mucho más peligrosos, hoy.

¡Posesión, posesión demoníaca! ¡Cuántas formas puedes tener que no sean las populares en que el Diablo aparece como un animalejo colorado con cuernos, rabo y pezuñas, humillado por algún santo varón! El hombre poseído del Mal es conocido en todas las civilizaciones. Pero lo que el hombre moderno ignora, o finge ignorar, es que el más temible poseso de hoy puede ser un sabio técnico, antropólogo, sociólogo o economista, por ejemplo; más todavía aún periodista, jefe político, lí-

der de partido, de multitudes o países. Dejemos este tema grave para tratar de viejas formas de exorcizar demonios más inofensivos que los que han dominado a grandes «figuras» en 1914, 1917, 1936, 1939, 197...

¿Cómo empezar? ¿Por arriba o por abajo? ¿Por fuera o por dentro?

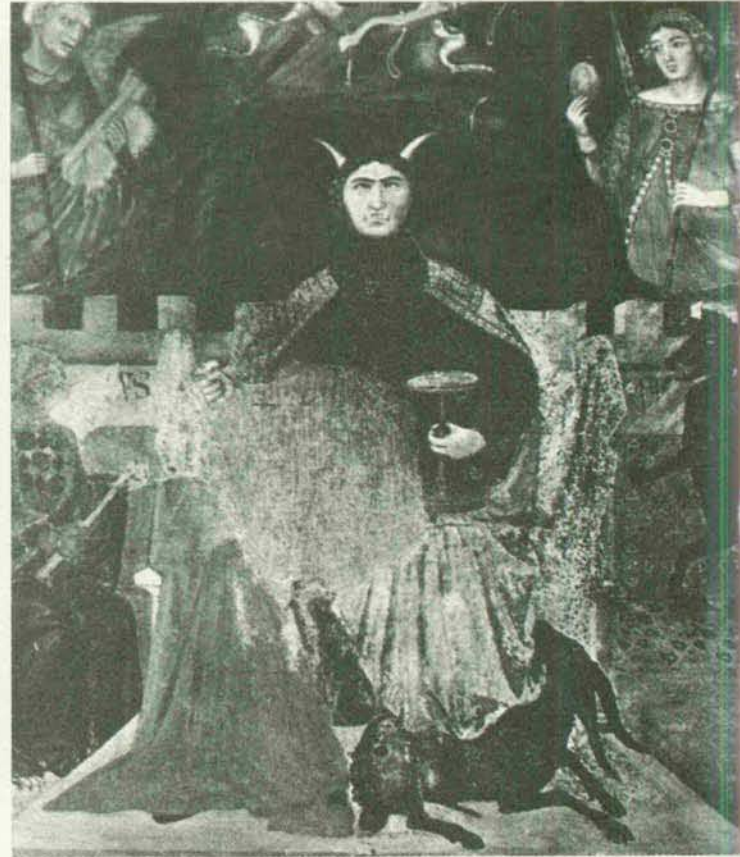
Empezar por *arriba* significa tratar de los casos de exorcismo en que aparecen actuando las personalidades mayores de la Historia en la vida religiosa. Empezar por *abajo* es tanto como tratar de exorcistas populares y hasta mal considerados: viejas parleras y charlatanes de aldea. Hacerlo por *fuera* es ocuparse del exorcismo en religiones varias de pueblos antiguos o primitivos y hacerlo por *dentro* es estudiar el asunto en el seno de la religión cristiana. De una forma u otra el tema es inmenso y vario. Porque claro es que lo que para el teólogo puede tener, y de hecho tiene, significaciones muy varias, para el psicólogo, el psiquiatra o el antropólogo puede quedar comprendido en un mismo grupo de fenómenos, psíquicos o sociales. El historiador, como siempre, se halla en la encrucijada y se encuentra —como siempre también— con que su regla de uso constante es una regla que le hace dudar de todo. ¿Es lo mismo un exorcismo en la Galilea de Cristo que en la Inglaterra del siglo XX? ¿Hay relación entre un «katharma» helénico y una oración de las que contiene el ya citado «Flageillum daemonum» de Men-go?

Casos arriba, casos abajo. Bien: pero tanto teólogos como psicólogos, como antropólogos, admiten que la idea de que espíritus malignos o inmundos de varias clases pueden meterse en el cuerpo de las personas o en otros sitios, provocando zozobras sin cuento, es una idea que existe en

que nos habla Vd.? ¿Cómo es, psíquica y culturalmente, el *poseso*? ¿Qué caracteres tiene el *exorcista*?

Al comienzo de su novela, Dostoievski pone el conocido texto del Evangelio de San Lucas (VIII, 27-35), en que Cristo hace que unos demonios entren en los cerdos de una piara, de-

El Diabolo ha sido representado en miles de formas distintas, tratando siempre de acumular en él todo tipo de monstruosidades. Contemplamos la visión antropomórfica que propuso Lorenzetti en su «Cattivo governo».



multitud de sistemas religiosos, de ayer y de hoy. También admiten que existen personas que, por medios más o menos técnicos y especiales, procuran hacer que aquellos espíritus sean desalojados del cuerpo o recinto en que se han metido.

El asunto, pues, se desenvuelve entre tres personajes: 1.º El ser maligno, 2.º El poseído, 3.º El exorcista.

Pero no es cosa fácil seguir adelante y por esta vía de tranquila objetividad. ¿Qué *ser maligno* es el de

jando en paz al hombre al que atormentaban: al *poseso*. Como es sabido, hay otros textos evangélicos que cuentan casos similares. Así en el Evangelio de San Marcos (I, 23-27), etc. Y la potestad para expulsar a los espíritus inmundos la dio Jesús a sus doce apóstoles (Mateo, X, 1). Es, pues, de tales pasajes de donde arranca la doctrina de la Iglesia acerca del valor del exorcismo. Y esto, como decía, es empezar a tratar del asunto desde *arriba* y desde *dentro*.

Para empezar por *abajo* y

desde *fuera* podría echar mano de mucha clase de ejemplos: mas dejando ahora a un lado las religiones primitivas y los complejos sistemas teológicos de pueblos lejanos, utilizaré casos del mundo greco-latino, para mí más familiares.

A dos hombres famosos de

motivo a encendidos ataques de Demóstenes, su rival.

La profesión es conocida por otros testimonios, incluso latinos (Ovidio, etc.). Parece que existían en la Antigüedad formularios de expiación enderezados a este fin y que algún poeta célebre y mítico como

mente endemoniadas, cuando, en realidad, eran enfermas. Hay que reconocer que los ataques han sido más conocidos que las defensas y que el tema puede ser de los que sirven para sentirse culto, libre de prejuicios, etc., hablando de fenómenos psicológicos, parapsicológicos, etc., e in-



Una vez que el Diabolo ha tomado contacto con un ser humano, las posibilidades de liberación de éste son remotas. Al menos según una ingenua creencia tradicional, que queda reflejada en estas dos obras: el fresco de Lucas Signorelli que se conserva en la capilla de San Brizio de la Catedral de Orvieto (izquierda), y el grabado de Leon Rozé «L'invocation au diable».

la Grecia antigua se les reprochó por enemigos apasionados que sus respectivas madres habían sido dos humildísimas y popularísimas mujeres, las cuales andaban por las casas, asalariadas al parecer, sacando de ellas *espíritus*, más o menos malignos. La madre de Epicuro, Querástrata, es una. Y aun dicen los malévolos acusadores que el filósofo, de niño, le ayudó en este menester, considerado como poco honorable.

La madre del orador Esquines es la otra: ello dio

Epiménides, compuso uno. ¿Pero qué espíritus expulsaban de las casas estas pobres mujeres? ¿Cómo los expulsaban? Usando de *palabras* y considerándolos muy *materiales*, sin duda. He aquí dos rasgos que hay que tener en cuenta siempre.

Volvamos la página.

Desde el Renacimiento o la Reforma, se ha solido reprochar a la Iglesia católica un exceso de credulidad en cuanto a la eficacia de ciertos exorcismos y a la fe en que muchas personas exorcizadas estaban real-

troduciendo, furtivamente acaso, lo que echamos por la puerta de delante a través de un ventanillo trasero.

Casos de credulidad peregrina hay muchos, e incluso cómicos. Voy a contar uno sacado de la obra del arcediano de Cuéllar, don Juan de Horozco y Covarrubias, titulada «Tratado de la verdadera y falsa profecía» (Segovia, 1588). Se pusieron de moda, al parecer, en el tiempo en que ocurrió el hecho que se cuenta en ella, unas redondillas amorosas, de Balta-

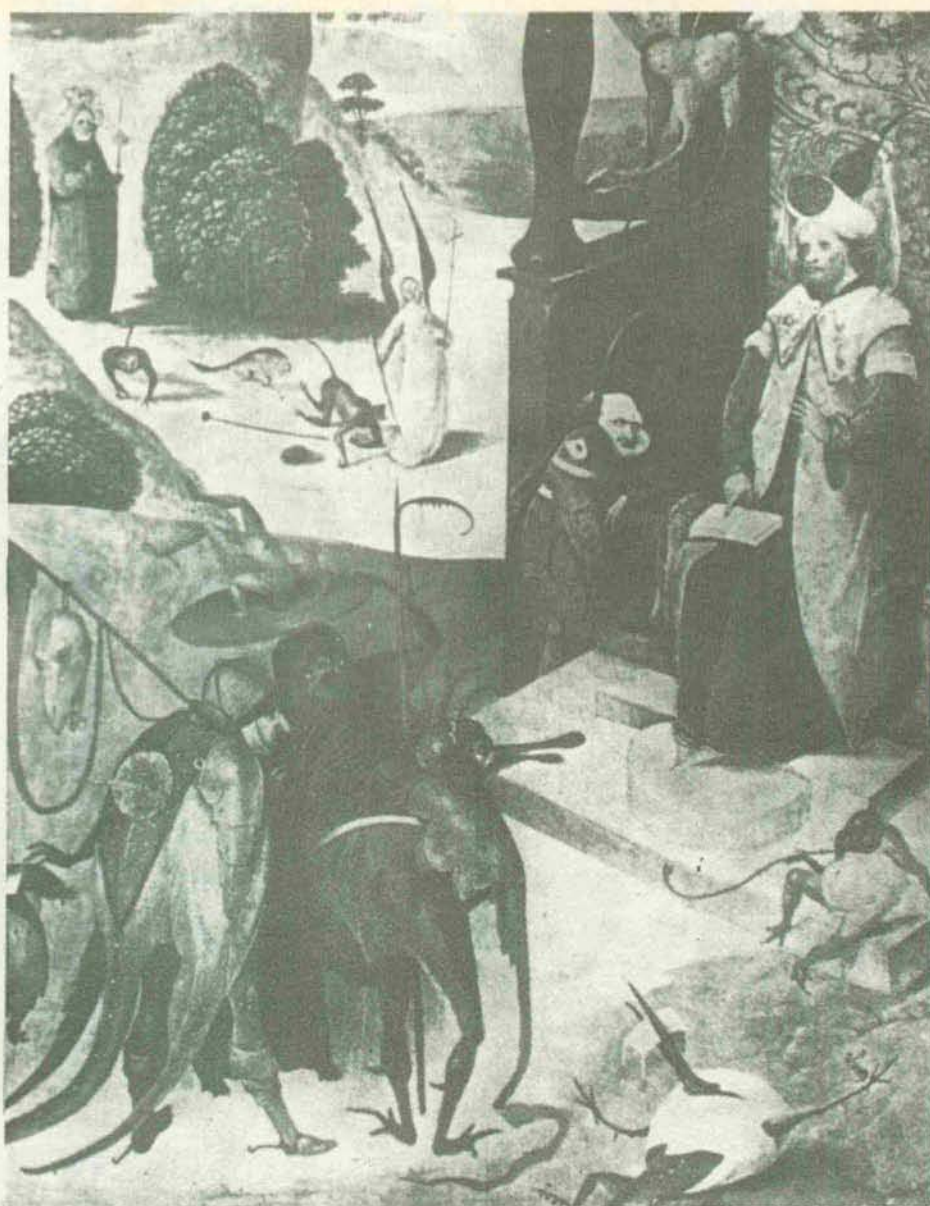
sar del Alcázar, que empiezan así:

**«Esclavo soy; pero cuyo,
Eso no lo diré yo;
Que cuyo soy me mandó
que no diga que soy suyo».**

¡Qué hermosura! Pensemos en un jovencito que tiene a la novia en su cabeza constantemente. Pero he aquí que sacando cierto sacerdote los espíritus a una villana, endemoniada, en el convento segoviano de Santa Clara, tuvo la curiosidad de preguntarle al Demonio qué sabía; y éste respondió que era músico. El sacerdote, excitado en su curiosidad peligrosa, hizo traer una vihuela. La endemoniada movía los dedos sobre sus cuerdas como el vihuelista más hábil. A cantar tocan. Baltasar del Alcázar estaba de moda. Había que cantar su canción. Pero el Demonio, por voluntad propia o porque Dios no quiso que cantara las amorosas redondillas, trocó la letra y, edificadamente, garganteó:

**«Esclavo soy pero cuyo
eso no lo diré yo,
que cuyo soy me envió
al Infierno donde estoy
porque dixé no era suyo».**

Los versos resultan mucho peores que los originales. No sabemos qué pasó después. He aquí a un exorcista metido en menesteres indiscretos. Pero éste es, también, otro extremo. Dentro de lo popular, en nuestro siglo, hemos podido ver trágicos casos de posesión que han dado lugar a controversia y a diversas medidas de carácter eclesiástico. He aquí el de los «espirituados» que



iban a Jaca con motivo de las fiestas de Santa Orosia: mujeres sobre todo, con un desenfreno verbal terrible, con un prurito repetido de decir blasfemias y obscenidades, y que, a la vez, pedían a la Santa por qué parte del cuerpo querían que les saliesen los demonios, entre la curiosidad, la indiferencia y aun la risa de los asistentes.

Hace ya sesenta años, el 7 de agosto de 1915, se publicó en «La Esfera», de Madrid, un texto de Enrique González Fiol (periodista que también firmaba con el seudónimo de «El Bachiller Corchuelo») en

Éxitos y fracasos de Satanás en sus intentos por apoderarse de almas humanas: «Pacto con el Diablo» (sobre estas líneas), cuadro de Hieronymus Bosch, en el que aparece Hermógenes el Mago ordenando a los demonios apoderarse de Santiago el Mayor, que se halla protegido por su Ángel de la Guarda; «Las brujas de Salem» (derecha), representación gráfica de uno de los más famosos —e injustos— procesos por brujería que en el mundo han sido (vemos exactamente el juicio contra el inculpado George Jacobs).

que recogía la opinión de don Antolín López Peláez, ex obispo de Jaca y arzobispo de Tarragona en el momento, para el cual los «espirituados» eran «más bien» histéricos y epilépticos que otra cosa y que recordaba cómo a la de los Corporales de Daroca y a la procesión del Cristo de Calatorao iban también gentes parecidas. En cuanto aparece la *histeria* desaparece la *Historia*. Todo es igual a todo. Casos clínicos. El poseso o poseído, segundo personaje del drama, resulta un personaje de hospital. Pare usted de contar. Sencilla y pobre solución.

¿Pero qué hacemos ahora con el *ser maligno* y con el *exorcista*? Vamos, a pesar de todo, a estudiarlos objetivamente, como dicen los profesores. La tarea de contar y clasificar demo-

nios ha tentado a algunos sabios y según Jean de Wier, un médico del siglo XVI, se dividen en seis mil seiscientos sesenta y seis legiones, compuesta cada una de seis mil seiscientos sesenta y seis ángeles negros. O sea, unos cuarenta y cinco millones con setenta y dos príncipes, duques, marqueses y condes. Hay otras clasificaciones y cómputos no menos respetables, aunque al historiador le dicen poco. Los «daemonios» antiguos, los espíritus malignos en que creían los hebreos, los griegos y romanos, los de otros orígenes medievales, célticos, eslavos, germánicos, se ajustan mal a estas cuentas homogéneas, sistemáticas y más o menos apocalípticas.

El historiador es el profesional para el que la operación sencillísima de la

suma es la más problemática: —Sume Vd. —le dicen—: «Satán» + «El diablo cojuelo» + «Melusine» + «Lilith» + «El demonio meridiano». TOTAL, CINCO DEMONIOS —dirá confiado alguien—. El historiador no está seguro, sin embargo. No confía en los números de Jean de Wier ni en otros. Porque piensa que la *concepción del mundo* del hombre que cree y ha creído en Satán, no es la misma que la del que cree en «El diablo cojuelo» y que los seres malignos de la leyenda medieval obedecen a otros. No puede, pues, sumar cosas que le parecen heteróclitas. Pero al lado del historiador está, también, algún filósofo de la Religión (y creyente por más señas), que viene a decir por lo bajo que, dentro del Cristianismo, la Satanología es la disciplina



más problemática que existe y que la intuición de que un espíritu del Mal inspira muchas acciones en la vida de los hombres no ha llegado a dar forma aceptable a tal Satanología. En suma, que no es tan fácil encontrar al Diablo con las formas que le dieron los artistas románicos, góticos u otros, aunque la idea de que existe la «diabolè» o división, desunión, calumnia y aversión que da lugar a la creencia en él, la noción de que el Mal tiene su dominio aquí, entre nosotros, la tenemos presente en la conciencia, incluso personas un poquito flojas de creencias. Ya cantaba Maquiavelo:

**«Già fummo, or non siam
più spiriti beati,
Per la superbia nostra
Dall'alto e sommo ciel tutti
scacciati;
E'en questa città vostra
Abbiam preso il governo
Perchè qui si dimostra
Confusione e duol più ch'in
inferno».**

Sí. Más aquí que en el Infierno. ¡Dichoso el que crea que puede expulsar a los demonios, sobre todo a ciertos demonios, de la tierra, de esta «città nostra»! ¡Demonios de la soberbia, de la ira, de la desesperación también! ¡Quién creyera en la virtud del exorcista contra ellos, no contra pobres fantasmas de la imaginación! ¡Quién creyera que el exorcista sirve para algo más que para que se publiquen folletines con éxito entre adolescentes, o se hagan pelliculonas taquilleras! ¡Pobre exorcista, pobre tercero y último personaje de nuestra acción dramática! Especie de al-

cahuete o celestina del Espíritu.

—Pero, oiga Vd., el exorcismo existe. San Isidoro nos dice que es un «sermo imprecationis contra immundum spiritum in energumenis sive catechumenis factum», de una probada eficacia. Todos los padres de la Iglesia hablan de su uso como de algo familiar y las fórmulas de exorcizar son conocidas, incluso a través de enemigos del Cristianismo como Celso, que se refirió a ellas cual si fueran listas de nombres de demonios, escritas en libros bárbaros. Se documentan también, representaciones antiguas del acto de exorcizar...

—Evidentemente.

—El grado de exorcista está reconocido como uno inferior dentro del clero, también muy antiguamente y se saben sus funciones cotidianas en la asistencia de endemoniados, demoníacos, o energúmenos, que se parecían a los «espirituados» de Jaca, etc.

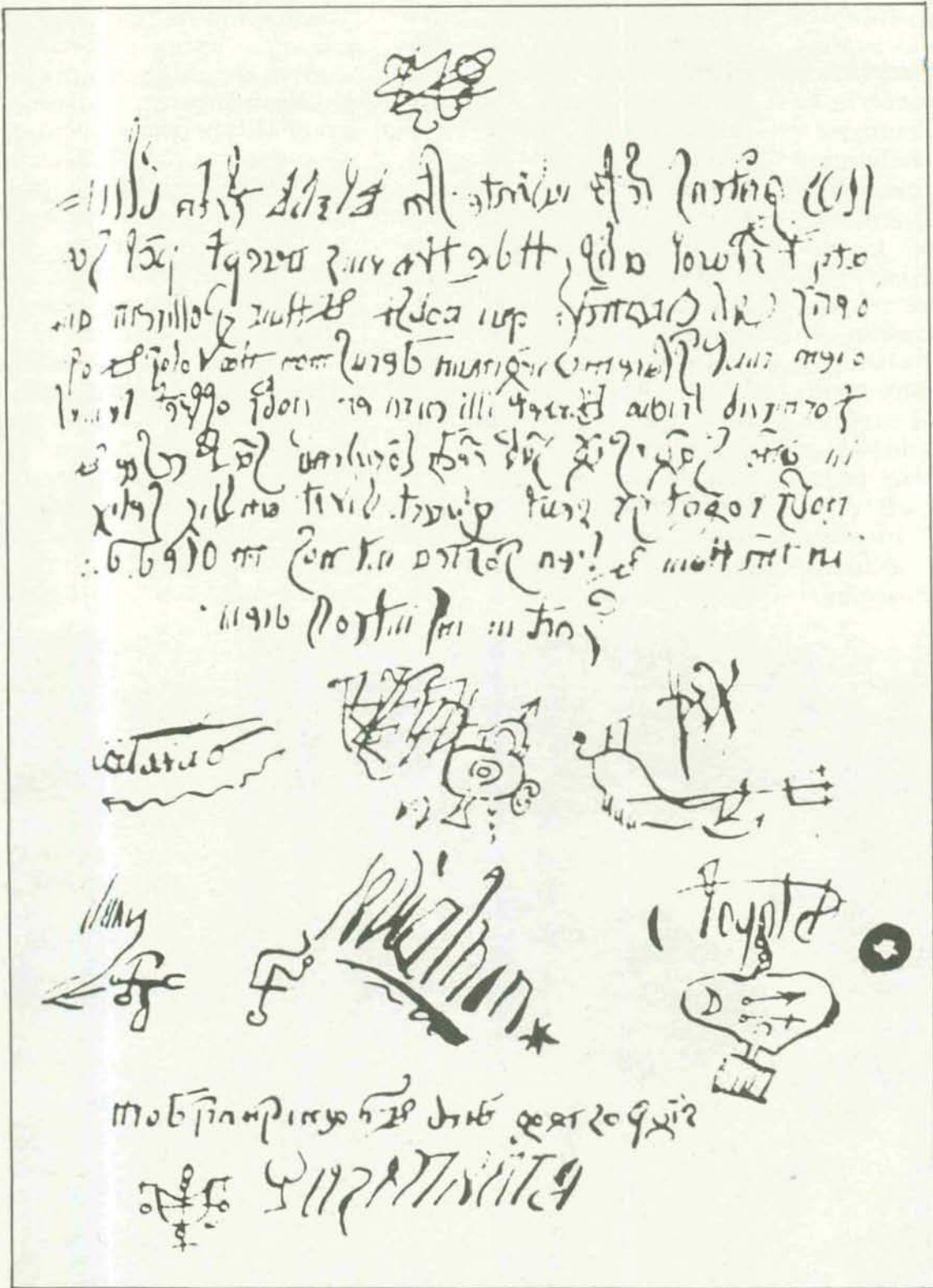
—Sí. Pero la descripción física que hace San Juan Crisóstomo de los posesos en una de sus homilías, nos los presenta escuálidos, sucios, con la caballera enmarañada, furibundos. San Cipriano da otros síntomas: insomnio, pánico y agitación continuos. Todo esto, hoy, puede explicarse a la luz de la psiquiatría.

—Pero otros casos no.

—Entre ellos los hay que dan lugar a dudas... En la Edad Media, los casos de posesión eran abundantes y dejando al endemoniado aparte, entre el pío varón exorcista y el demonio marrullero se entablaban diá-

logos más o menos burlescos y complicados: cual el que tuvo el cura de Segovia. Casos, como el que cuenta Cesáreo de Hesterbach, de Guillermo, abad de Santa Agueda, en la diócesis de Lieja, y otros similares, son como para excitar la imaginación de El Bosco. Puede sospecharse también que la «técnica» de exorcizar se ha recargado de elementos materiales y de fórmulas retóricas imprecatorias, que desde antiguo huelen a residuo pagano y a pensamiento elementalísimo a la par. Por otra parte, cabe afirmar que cada vez que en la Edad Moderna se han llevado a cabo grandes y sonados exorcismos, ha habido en torno a ellos grandes y sonados escándalos. Voy a desarrollar estas dos cuestiones, para terminar:

El libro de Fray Jerónimo Mengo (Girolamo Menghi) «Flagellum daemonum», además de contener «exorcismos terribles, potentísimos y eficaces», para expulsar del cuerpo de los obsesos a los espíritus malignos, contiene, antes, un manual del exorcista, basado en muchas autoridades. Debe ser éste, aparte de hombre de fe estrecha, puro de conciencia, conocedor de los efectos «sensibles» que cabe efectuar sobre los espíritus, y hábil en el arte de interrogarlos, además de perseverante y paciente. La parte que en el exorcismo tienen los diferentes nombres de Dios, en hebreo o griego, también en latín, es importante, así como la relativa a los de María; pero los demonios se defienden con astucia,



Otro de los procesos por brujería cuya fama ha llegado hasta hoy es el del padre Urbano Grandier, muerto en la hoguera por haber firmado pactos con el Diabolo. Junto a estas líneas figura uno de dichos supuestos pactos —fechado en 1631—, dentro del que los inquisidores veían las firmas de diversos diablos en las palabras y dibujos de la parte inferior del documento.

causan no pocas decepciones y toda precaución es poca para dominarlos. Los energúmenos deben ser exorcizados en templos y en las festividades más solemnes, a poder ser. Hay varios tipos de ellos: algunos nunca quedan libres... Esta es la doctrina.

Van luego los exorcismos en serie, sacados de aquí y de allá. Contra los demonios que afectan al cuerpo y contra los espíritus inmundos en general, divididos en secciones: con utilización de agua, aceite, vino, con fumigaciones en que se emplean recetas que

se transcriben y en que entran el «assafoetida», la ruda, la aristoloquia, el ypericon, etc. De 1576 a fines del XVII, el «Flagellum...» fue muy usado. También otra obra del mismo Menghi, Mengo o Mengus: el «Fustis daemonum», que contiene unas

«adjuraciones formidables y potentísimas» sacadas del Apocalipsis y de varios padres... La dedicatoria es de 1584. Hay allí también remedios contra maleficios especiales que producen impotencia, taciturnidad, etc., ligaduras o «ligazones» de todas clases...

Pero he aquí que un decreto de 4 de marzo de 1709, metió en el «Indice» tanto al «Flagellum» como al «Fustis» y en él seguían en las ediciones del siglo XIX. Algo había, sin duda, de desmesurado en tales libros. Esto no implica —claro es— una condena de la práctica de exorcizar.

Esta ha durado y dura, como es sabido: en los campos no sólo hemos visto pretender expulsar demonios de gente energuménica: en Aragón, también en Galicia, etc. Hemos visto conjurarlos, en otras ocasiones, por medio de libritos autorizados. Un beneficiado de las iglesias riojanas de Navarrete y Fuenmayor, Don Pedro Ximénez, compiló uno que tuvo bastante éxito y que se abrevió: «Libro de conjuros contra la tempestad de truenos, granizo, rayos y contra la langosta...», en que hay su parte de exorcismo, como

también la hay en el «Fasciculus exorcismorum», contra las plagas animales, de Don Antonio Gascón, o en el «Clypeus defensionis: sive exorcismi efficaces et terribiles experientia probati» del licenciado José Sánchez, publicado en Orihuela en 1694. Este género de publicaciones es abundante, popular... Siempre se ha prestado a críticas. Un erudito sacerdote del siglo XVII, Jean-Baptiste Thiers, en su «Traité des superstitions», discurre ampliamente desde el punto de vista católico acerca de las limitaciones que hay que impo-





Sobre el caso del padre Grandier que hemos citado en la foto de la página precedente, se han realizado numerosas obras: así, el libro de Aldous Huxley «Los demonios de Loudun» y los films de Jerzy Kawalerowicz y Ken Russell «Madre Juana de los Angeles» y «The devils». Junto al revelador fotograma que seleccionamos de la primera (izquierda), asistimos —en «Los diablos»— al exorcismo colectivo llevado a cabo, sobre las monjas posesas, por el padre Barre.

ner a las prácticas de exorcizar, que reduce a las que hay en el Misal y los rituales diocesanos. Apoya lo que sostiene con copia de autoridades y transcribe algunas fórmulas orales, sacadas de muchos libros, entre ellos el del Padre Martín del Río. Recuerda, también, casos en que teólogos y juristas, como el portugués Valle do Moura, discutieron sobre si un escrito de estos era lícito o no, sospechoso o no... En suma, vemos que si la naturaleza del poseso, energúmeno, «espiritualizado» o endemoniado ha dado lugar a dudas, la de la fórmula que se le aplica,

también la da y que hallar demonios encarnados es más difícil cada día, aunque los males diabólicos nos aflijan. ¿Qué decir —en fin— de ciertos casos famosos de «posesión»? Que van unidos a escándalo y aun escándalo político detrás. La historia de «los diablos de Loudun» y de U. Grandier, es conocida del gran público español. Acaso lo sea hoy menos la de los conjuros y exorcismos a que fue sometido Carlos II el Hechizado, que dieron lugar a un proceso inquisitorial y también, antes, a interrogatorios a demonios que andaban metidos lejos,



El tema del Diabolo y de los hombres que lo combaten se ha vuelto a poner de actualidad tras el estreno de la película «El exorcista» (1973), del norteamericano William Friedkin. En ella abundan escenas como ésta, en que el sacerdote exorcizador intenta combatir el levitamiento demoníaco impuesto sobre la niña protagonista.

allá en Asturias e incluso en Viena, en el cuerpo de unas endemoniadas y que no contestaban de acuerdo con el gusto de los hombres públicos, interesados en el asunto de la sucesión de la corona de España. Fray Froilán Díaz pasó grandes tártagos. Esto es lo que sacó en limpio por su actividad de confesor y exorcista a la par. Mucho tiempo después de muerto, en 1837, un dramaturgo romántico, Don Antonio Gil y Zárate, compuso cierto dramón en el que aparece el pobre rey con Fray Froilán, como hombre terrible, al modo «victorhuguesco». Las desdichas de los hombres terminan, con fre-

cuencia, de esta manera. Dando pie a la composición de un drama, en tres o más actos, a una novela sensacionalista o a una película de miedo. El hombre se divierte con las desgracias pasadas. Ya lo dijo el viejo Homero.

Y el especialista grave, doctamente, enristra sus argumentos y dice: «Si bien es cierto que... también es cierto que... Esto no es óbice para que... y no empiece que...».

—Pero Vd., en última instancia, ¿qué nos dice?

—Que creeré en exorcistas cuando los grandes demonios puedan ser expulsados de los grandes endemoniados. ■ J. C. B.